ANDRÉS ORDÓÑEZ

1968: La epopeya del vacío

CAPÍTULO EN LIBRO

Publicado en:

1968 aquí y ahora. A cincuenta años del Movimiento Estudiantil: testimonios y reflexiones. Volumen II

Ricardo Valero, coordinador general

Rafael Vargas, coordinador editorial

Universidad Nacional Autónoma de México · Ciudad de México · 2018 · ISBN 978-607-30-0884-6

pp. 397·402

PDF de lectura · extracto de la edición publicada

1968: LA EPOPEYA DEL VACÍO

Andrés Ordóñez

Nada se asemeja tanto al pensamiento mítico como la ideología política. En la sociedad actual sólo ésta ha venido, en cierto modo, a sustituirlo.

Claude Lévi-Strauss, *Antropología estructural*

La presidencia de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) marcó la mutación definitiva del proyecto de nación surgido de la Revolución mexicana. Ese proyecto, cuyo fin coincidió con la apertura del país a las circunstancias del mundo integrado, se estructuró sobre la base de dos pactos políticos contraídos por los vencedores de la revuelta: el de 1917, materializado en el texto constitucional de ese año, y el de 1929, que sentó la estructura organizativa del aparato estatal vigente durante las siguientes siete décadas.

En su proceso de reconstrucción, a partir de 1929 México recorrió los sinuosos caminos de las concepciones políticas y económicas al uso. Como todo país en desarrollo, el nuestro también experimentó las ambiciones y reticencias de acceder al paradigma del mundo industrializado. En ese sentido, el impacto de las doctrinas resultantes de la crisis del liberalismo decimonónico tuvo presencia en la construcción de las estructuras institucionales gubernamentales, así como en los aspectos organizacionales de los instrumentos del poder. En el proceso de apropiación de las ideas de la época, la doctrina fascista y el marxismo leninismo, gemelos resultantes de dicha crisis, brindaron al México posrevolucionario elementos importantes para la construcción de su arquitectura institucional.

Autoritarismo, verticalidad, nacionalismo a ultranza, liderazgo carismático, organización corporativa de las masas, concentración del poder y, por lo tanto, de las decisiones de Estado, son algunos de los rasgos preponderantes de los que durante décadas se llamaron a sí mismos "regímenes emanados de la Revolución mexicana". Y a ello se sumó un tercer elemento, escasamente considerado en el estudio de la consolidación de la cultura política mexicana del siglo XX pero, a nuestros ojos, capital para su comprensión: el ideario y, más precisamente, el imaginario tradicionalista (o conservador, si se prefiere) que desde

mediados del siglo XIX pervive embozado en los conceptos, pero especialmente en las prácticas, del liberalismo mexicano.

El Nacionalismo Revolucionario dio continuidad a la doctrina ideológica que sustentó el porfiriato. En efecto, el liberalismo conservador, síntesis de las dos tendencias que habían desgarrado el siglo XIX en México, formulado por Justo Sierra y los jóvenes editores del periódico *La Libertad* en la década de 1870, tuvo su continuación en las formulaciones de los discípulos de Sierra, aquellos que antes del estallido de la guerra civil en 1910 habían sido integrantes del Ateneo de la Juventud: José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Diego María Rivera, Nemesio García Naranjo, Alfonso Caso, Julio Torri, Isidro Fabela, Manuel María Ponce, etcétera, y quienes en buena medida construyeron conceptualmente el aparato institucional del México que siguió luego de la guerra civil.

Con todos sus defectos y problemas, el modelo surgido de ese mestizaje histórico, político, económico y cultural tuvo beneficios para el país. Si en 1895, con una población de 12.6 millones de habitantes, el índice de analfabetismo era de 82.1%, para 1970, la población se había cuadruplicado y la tasa de analfabetismo se había reducido al 25.8%.[1] Por otra parte, si en 1929 el PIB real de México alcanzaba los 305.56 millones de pesos de 1980, en 1959 ya había llegado a 1'158.37 millones y una década después casi se había duplicado, alcanzando los 2'125.19 millones en 1968 y los 2'197.84 millones en 1969.[2] En términos sexenales, en el periodo que va de 1941 a 1970, es decir, de Manuel Ávila Camacho a Gustavo Díaz Ordaz, el PIB real del país creció a un ritmo anual de 6.05 %.[3] Desde la perspectiva del poder adquisitivo del salario mínimo, las cifras también son interesantes. Tomando como referencia base el poder adquisitivo del salario mínimo de 1970, tenemos que en 1948 ese poder era -48.02%; en 1950, -76.23%; en 1960, -42.07% y en los siguientes ocho años el poder adquisitivo del salario mínimo creció exponencialmente hasta alcanzar en 1968, el -3.08% con relación al de 1970.[4]

En términos poblacionales, la expansión de la actividad industrial y de la maquinaria burocrática del Estado correspondió al crecimiento de la concentración demográfica en las urbes y al crecimiento de la clase media. En 1920 este segmento social comprendía solamente el 7% de la población, veinte años después había alcanzado el 17%, en 1960 era de 22% y en 1970 representaba el 25% de la población total. Es decir, en medio siglo la clase media casi se cuadruplicó.[5]

1 José Narro Robles y David Moctezuma Navarro, "Analfabetismo en México: una deuda social", en *Revista Internacional de Estadística y Geografía*, vol. 3, núm. 3, México, septiembre-diciembre de 2012.

2 Abraham Aparicio Cabrera, "Series estadísticas de la economía mexicana en el siglo XX", en *Economía Informa*, núm. 369, México, UNAM, julio-agosto de 2011.

3 Abraham Aparicio Cabrera, *Economía mexicana 1910-2010: balance de un siglo*, México, Espacio Común de Educación Superior y Facultad de Economía de la UNAM, 6 de abril de 2010.

4 Datos del INEGI en tabla ubicada en el sitio electrónico http://www.mexicomaxico.org/Voto/SalMinInf.htm

5 Soledad Loaeza y Claudio Stern, *Las clases medias en la coyuntura actual*, México, El Colegio de México.

Los logros económicos y sociales de los gobiernos posrevolucionarios, empero, generaron un desarrollo que, en lo político, no ocurrió o que sucedió a una velocidad muy desigual. El incremento del bienestar y de los índices educativos no correspondió de manera equivalente a la evolución de la cultura política. Si bien la clase media encontró su vehículo de ascenso en la incorporación a las redes burocráticas y productivas que la arquitectura posrevolucionaria del poder había generado, dicha arquitectura también produjo una clase media más educada, cosmopolita y crítica, que al interior y al exterior de esa misma arquitectura comenzó a señalar cada vez con mayor agudeza las fallas, vicios y defectos del sistema político. Entre las fallas más evidentes destaca el que las políticas de desarrollo y la expansión del comercio y los servicios fueron haciendo cada vez más clara su contraposición a la retórica revolucionaria y populista. Para 1960 incluso las clases medias, que durante años se habían beneficiado de este divorcio discursivo entre la retórica política y la realidad económica y social,[6] comenzaron la pauperización que las aqueja hasta nuestros días, al tiempo que una brecha cada vez más grande e insalvable crecía entre la situación del campo y las ciudades. La disparidad en la distribución del ingreso había levantado el vuelo. Hoy, a casi veinte años de iniciado el siglo XXI, esta disparidad se coloca en el centro de todos los gravísimos problemas que aquejan al país sin que haya horizonte de solución, ni voluntad política real para buscarla.

Esta contradicción flagrante entre realidad y discurso comenzó a generar protestas en las clases medias desde la década de 1950. Los movimientos de los maestros (1956-1960), los telegrafistas (1957), los ferrocarrileros (1958) y los médicos (1964-1965) son ejemplos de ello. Es importante tener en mente que esta toma de distancia crítica se da en el marco de la Guerra Fría y también que a partir de 1960 interviene como determinante el triunfo de la Revolución cubana, que vino a potenciar el espejismo revolucionario, absolutamente en línea con el espíritu antiestadounidense heredado de nuestra filiación hispánica[7] y con la retórica nacionalista revolucionaria. Así las cosas, el 23 de septiembre de 1965 tuvo lugar en el municipio chihuahuense de Madera un asalto al cuartel militar que allí se ubicaba, capitaneado por el joven maestro rural Arturo Gámiz en una clara emulación del asalto al cuartel Moncada de la ciudad cubana de Santiago en 1956. A diferencia de Fidel Castro, Gámiz no vivía en una isla ni estaba casado con la hija del subsecretario de Gobernación de su país y perdió la vida junto con el resto de sus camaradas.

El Movimiento Estudiantil de 1968 formó parte de esta cadena de reivindicaciones sociales, políticas y culturales de la clase media urbana mexicana. Nos parece clara la circunstancia de la coyuntura nacional que le dio origen. Una clase media más numerosa, urbana

---

1987, p. 24, citado en Emilio Coral, "La clase media mexicana: entre la tradición, la izquierda, el consumismo y la influencia cultural de Estados Unidos (1940-1970)", en revista *Historias*, núm. 63, México, INAH, 2006, p. 105.

6 *Idem*.

7 *Cf.* Andrés Ordóñez, *Los avatares de la soberanía. Tradición hispánica y pensamiento político en la vida internacional de México*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2005, pp. 227 y ss.

prácticamente en su totalidad y mejor educada, era de esperar que fuese más sensible y crítica a las contradicciones inherentes del sistema político mexicano. Tal vez una diferencia determinante con los movimientos precedentes estribe en el grado de exposición de esas clases sociales a la realidad internacional, acentuado éste por la coincidencia del Movimiento con fenómenos sociales similares en Francia, la India, Japón y Estados Unidos.

Pese a la retórica soberanista, los gobiernos posrevolucionarios habían continuado, unos más y otros menos abiertamente, la construcción de los acuerdos básicos con Estados Unidos que, como lo afirma en 1946 un documento confidencial del *Joint Intelligence Committee*, podía estar tranquilo ante los desacuerdos internacionales de su vecino del sur, toda vez que éstos ocurrirían invariablemente "en asuntos de importancia secundaria".[8] Para 1968 la brecha entre la retórica del discurso y la realidad se había traducido en una cada vez mayor interacción entre la clase media mexicana y el modelo estadounidense, al cual México ha aspirado desde 1824.[9] A las aspiraciones de bienestar y consumo se sumó también el deseo de una democracia y un federalismo efectivos, aspectos en los que el gobierno del presidente Gustavo Díaz Ordaz no concordó. A la intransigencia inherente al sistema político se sumó la pobreza analítica de los aparatos de seguridad del Estado mexicano,[10] que multiplicaron exponencialmente la alarma gubernamental. Los informes sobre grupos guerrilleros armados al punto de poder enfrentar al ejército[11] desembocó en la presencia de las fuerzas armadas en las calles de la Ciudad de México y en la tragedia del 2 de octubre en Tlatelolco.

El uso de la fuerza represiva había sido vista y sufrida regularmente en las calles de Ciudad de México a lo largo de los cuarenta años precedentes, no así la del ejército. En la década de 1940 el 65% de los mexicanos vivía en el campo; en la de 1960 el 76% de la población del país vivía en las ciudades de más de cincuenta mil habitantes y las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey concentraban casi a la mitad de país.[12] De tal suerte, el uso de la fuerza militar en la ciudad y contra un movimiento de estudiantes probablemente pueda ser considerado como el trauma social más profundo antes de la llamada "guerra contra el narcotráfico" desencadenada por el presidente Felipe Calderón en diciembre de 2006. Este

[8] Sergio Aguayo Quezada, *El panteón de los mitos. Estados Unidos y el nacionalismo mexicano*, México, Grijalbo, 1998, p. 85.

[9] Desde entonces el país adoptó el nombre que hoy es oficial, Estados Unidos Mexicanos.

[10] *Cf.* Sergio Aguayo, *La charola. Una historia de los servicios de inteligencia en México*, México, Grijalbo, 2001, pp. 132-138.

[11] "...ahora sí el estudiantado tiene elementos y armas con que hacerle frente al ejército, pues parte del dinero que se ha estado recolectando lo han estado empleando para comprar armas" (Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales, Fondo Gobernación, Archivo General de la Nación, caja 2911). "...campesinos de las regiones de Jalisco, Michoacán, Colima, Nayarit y Guerrero están dispuestos a participar y tomarán las armas para defender a los estudiantes" (Dirección Federal de Seguridad, "Panorama general", 3 de septiembre de 1968, Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales, Fondo Gobernación, Archivo General de la Nación, caja 2911). Citados en *ibid.*, p. 133.

[12] Emilio Coral, *loc. cit.*, p. 104.

trauma ha sido de tal magnitud que aún hoy, a cincuenta años de distancia, nos es difícil a los mexicanos de la clase media ilustrada ubicar los hechos en su exacta dimensión histórica, política y social.

Un ejemplo de esta dificultad es la multiplicidad de versiones en cuanto al número de víctimas mortales de ese terrible incidente. Días después del episodio, el Consejo Nacional de Huelga difundió que el saldo había sido de 150 civiles y 40 soldados fallecidos. La presidencia de la República dijo que habían sido 26 las personas fallecidas y 100 las heridas. La correspondencia de 1968 entre el general Alfonso Corona del Rosal, jefe del Departamento del Distrito Federal, y el general Marcelino García Barragán, secretario de la Defensa Nacional, dice que fueron 38 civiles adultos de ambos sexos, un niño y 4 soldados los que perdieron la vida.[13] La memoria de labores de la Fiscalía de Crímenes del Pasado, creada durante el gobierno del presidente Vicente Fox, da cuenta, bajo la firma de Eduardo Valle, uno de los líderes del Movimiento de 1968, de 89 personas muertas en el periodo que ocupó el Movimiento, es decir, entre julio y diciembre de 1968.[14]

En el pequeño segmento ilustrado de la reducida clase media nacional existe la percepción generalizada de que el Movimiento de 1968 fue un parteaguas en la historia de México. ¿Qué es lo que cambió en el país? Posiblemente el sistema político mexicano haya ganado flexibilidad y tolerancia. Ha habido alternancia de poder en los tres niveles de gobierno. Hoy la libertad de expresión de quienes podemos expresarnos no encuentra como obstáculo, por lo menos fundamental, la censura oficial. Sin duda la situación política, social y laboral de la mujer de la clase media urbana es distinta hoy en comparación con la década de 1960.

No obstante, cincuenta años después la clase media, que en 1970 equivalía a 25% de la población, ha crecido sólo 2% y hoy representa apenas el 27%. El poder adquisitivo del salario mínimo, que en 1968 era de -3.08%, hoy es de -68.57% con relación al de 1970.[15] La alternancia en el poder ha desvelado que los vicios autoritarios, la corrupción y la impunidad son un rasgo común a los grupos políticos en la totalidad del gradiente ideológico. El debilitamiento de la institución presidencial trajo consigo el desorden y la descoordinación generalizada en las diversas instancias de gobierno. Difícilmente podemos decir que México cuenta hoy con una política de Estado en materia educativa, industrial, científica, tecnológica, cultural, agrícola o diplomática. La realización efectiva del federalismo ha traído consigo la atomización del país en feudos de poder y dispendio. Los torrentes de energía social que mostró el Movimiento Estudiantil de 1968,[16] hoy son patentes en la inagotable cantera de jóvenes que ven como alternativa su incorporación al narcotráfico como carne de cañón. Una vez en posición de gobierno, la generación que llevó a cabo el Movimiento de 1968

13 http://aristeguinoticias.com/0110/mexico/los-muertos-de-tlatelolco-cuantos-fueron/

14 Citado en Jorge Castañeda, *Amarres perros. Una autobiografía*, Libro I-V, México, Alfaguara, 2014.

15 Datos del INEGI en tabla ubicada en el sitio electrónico http://www.mexicomaxico.org/Voto/SalMinInf.htm

16 Sergio Aguayo Quezada, *El panteón de los mitos... op. cit.*, p. 85.

confundió con autoritarismo el ejercicio de la autoridad en aras de una democratización mal entendida y más imaginaria que real.

Todo lo anterior nos lleva a preguntarnos si nuestra percepción del 68 es correcta o si incurrimos en el error de confundir nuestra posición de élite dentro del estrecho segmento de la clase media con la realidad histórica del país en su conjunto. ¿En qué medida el Movimiento de 1968 fue verdaderamente un parteaguas histórico y no otro eslabón, relevante sí, pero no en la medida en que lo desearíamos, en el desarrollo histórico de nuestra sociedad? A juzgar por la situación nacional contemporánea, el Movimiento de 1968 tal vez podría ser visto como factor de transformación de las formas, pero difícilmente de la cultura política y de la realidad mexicanas. Si esto fuere así, ¿qué es lo que lleva a la clase media ilustrada a percibir el 68 con una dimensión epopéyica? Desde luego, el hecho de haber vivido la represión y la violencia militar en carne propia, pero tal vez no solamente eso. Probablemente la respuesta o parte de ella se encuentre también en la necesidad de recuperar un universo simbólico perdido.

El Nacionalismo Revolucionario fue exitoso en la construcción de un imaginario colectivo sobre la base de un universo mitológico (entendido el mito como un conjunto de creencias compartidas a partir del cual se construye una cultura)[17] que nos daba identidad en función de nuestro contraste con la otredad, la cual ubicábamos al norte del río Bravo. La actualización del proyecto nacional a la realidad mundial consolidada por el gobierno del presidente Salinas de Gortari implicó la mutación repentina de los referentes de nuestra cultura política. De la noche a la mañana nuestro elemento de contraste devino nuestro espejo y con ello ocurrió el derrumbe, por obsolescencia, de nuestro universo mitológico. Y tal vez la cosa no haya parado allí, ya que muy poco tiempo después se hizo aparente otro elemento que contribuyó a nuestra desazón: el colapso de la Revolución cubana, otro referente importante del imaginario político de la clase media ilustrada nacional educada en la mística del Nacionalismo Revolucionario. De tal suerte, me pregunto si la trascendencia atribuida al Movimiento Estudiantil de 1968 no será fruto más de una necesidad simbólica, que de una transformación objetiva de la cultura política y de la realidad mexicanas.

A medio siglo de distancia, ¿qué lugar ocupa el Movimiento de 1968 en el imaginario político de quienes hoy tienen la edad de aquellos y aquellas que llevaron a cabo el 68 mexicano? Tal vez la respuesta nos sea útil como referencia para estimar si nuestra percepción del 68 es acertada o si, más bien, es la necesitada justificación de una generación cuyo esfuerzo de transformar el país no llenó sus propias expectativas.

Madrid, noviembre de 2017

[17] *Cf.* Gianni Vattimo, *La sociedad transparente*, Buenos Aires, Paidós, 1990, p. 120.